

Evangelio en las mas remotas regiones de las Indias, para lograr la palma del martirio y dar la vida por el bien y utilidad de sus prójimos? ¿Qué otro que este espiritual fuego pudo haberle resuelto á separar de sí hasta el menor afecto á la opulencia, á las dignidades y á los honores, bienes caducos por cuyo logro se desvelan tanto los que siguen las máximas del mundo? Señaladme algun bien de la tierra, que hubiese apetecido Felipe para su comodidad ó para su estimacion en esta vida. ¿Mas cómo era posible esto en un hombre que no podía oír sin horror el solo nombre de riqueza, de empleo, de legado ó herencia; que rehusó los mayores beneficios, pensiones y prebendas que muchas veces se le ofrecieron; que renunció los mas ilustres obispados de la iglesia y huyó de la dignidad cardenalicia con que quisieron honrarle los sumos pontífices Gregorio XIV y Clemente VIII?

Ah! una cosa deseó solamente, y esta fué aquella que apeteció David, cuando pedia á Dios que le concediese habitar en su casa para siempre. Ved aquí á lo que aspiró Felipe; á poseer y amar eternamente al Señor en la celestial patria. Y si este es el premio que promete Jesucristo en el Evangelio á aquellos siervos que con fidelidad obedeciesen su ley y velasen en su exacto cumplimiento, ¿cómo es posible que no llegase á poseerle un siervo tan vigilante y fiel como nuestro santo, que tanto se esmeró en obedecer al Señor, conservando su alma adornada con la preciosa estola de la gracia que se le confirió en el bautismo, y que practicó en el grado mas heróico todas las virtudes á que obliga la ley del cristianismo? Esto mismo debeis practicar todos: amar á Dios, abrazar la virtud, huir el vicio, abominar la culpa. Así conseguireis una felicidad semejante á la suya, porque estos son los medios para lograr la gloria. Observad este aviso, y renovad vuestra atencion, pues estoy en mi

SEGUNDA REFLEXION

Un hombre que hizo tanto para salvar su alma, ¿qué os parece que haria para facilitar la salvacion eterna de sus prójimos, siendo esta ocupacion un ministerio propio de su vocacion al sagrado sacerdocio? Como si hubiera Dios dejado á su cuidado el cumplimiento de aquella comision, que en otro

tiempo confió á Jeremías, empezó desde luego á arrancar y destruir, pensando varios modos para edificar de nuevo y hacer nuevos plantíos. Roma le admiró entónces, hoy le está celebrando, y durará en bendicion perpetua su memoria. Allí arrancó los vicios, destruyó los pecados, edificó casa á la virtud, é introduciendo la práctica de la santa oracion, plantó un árbol, que á imitacion del que vió san Juan en el Apocalipsis, dió y dará para el cielo multiplicados frutos.

Si en aquel feliz tiempo hubiera preguntado Isaías, dónde se encontraria un maestro oportuno para la juventud, que supiese separarla del vicio y encaminarla al cielo (1), yo le responderia que pasase á la ciudad que es cabeza del mundo, y allí buscarse á san Felipe Neri: veria su aposento convertido en casa de la sabiduría, y que, abiertas sus puertas, se convocaban los niños á esta escuela. Felipe no ignoraba que el camino que emprende el hombre en sus primeros años, es el mismo que por lo comun sigue hasta la ancianidad; y deseoso de que fuesen sus pasos arreglados y no empezaran desde luego á perderse, llevábalos consigo, los tenia en su aposento, y los instruía en los dogmas de la verdadera fe. Allí, como David, les decia: Venid, hijos amados, os enseñaré el temor santo de Dios. Acudian ellos, le seguian y oían; pero como en aquella edad es tan comun el rumor bullicioso é inquieta travesura, de aquí sacaba materia para ejercitarse en el amor de Dios y en el mas heróico sufrimiento. *Llevaré á bien*, decia muchas veces, *que partan leña sobre mis espaldas, con tal que estén sujetos, y no ofendan á Dios.*

¿Habeis oído mas bella industria y modo mas suave de conquistar las almas? Si esto hacia para atraer los niños, ¿á dónde llegaria su celo para con los ya adultos y provecos? Lo sabe Dios á quien nada se oculta, y yo no lo podré cabalmente persuadir. Ojead no obstante la historia de su vida, y quedaréis llenos de asombro al ver en sus acciones heróicas y en sus admirables empresas la imágen mas viva del Salvador del mundo en su celo por la conversion de los pecadores. Al ver á Felipe caminar lleno de sudor y fatiga en los mayores rigores del estío, para sacar á un pecador del infeliz estado de la culpa, ¿no os parece que teneis á la vista un retrato de aquel Señor, que

(1) *Isaie*, c. 33. v. 18.

caminó con iguales fatigas para convertir la mujer de Samaria? Cuando le veis presentarse de asiento en la mesa de un pecador rebelde y contumaz, para hablarle á lo interior del alma durante la comida, y sacarle del vicio, ¿qué os parece sino una copia de aquel mismo Señor asistiendo á las mesas de los publicanos y á los convites de los fariseos? Al contemplarle en fin dentro de un coche al lado de un hombre licencioso y distraído, exhortándole en el tiempo del paseo á convertirse al Señor y dejar ya la culpa, ¿quién no admira en él un vivo traslado de aquel otro Felipe que convenció al Etíope entrando en su carroza y explicándole las santas Escrituras?

Oh! cuán bien dijo san Ignacio de Loyola, ilustre fundador de la sagrada Compañía de Jesus, cuando despues de haber conocido y tratado á Felipe, se atrevió á asegurar que *si lograra tenerle por compañero suyo, se hallaba en ánimo de conquistar para Dios á todo el mundo*. Mucho decir es esto; mas porque no juzgueis que hablaba san Ignacio con exageracion hiperbólica, pasad de los paseos y de los convites de Roma á admirar el heróico celo de Felipe dentro del templo de su congregacion. Allí observando el consejo de san Pablo que previene se reparta al pueblo el pan de la doctrina en la predicacion santa, se dió todo á esta ocupacion; y para su desempeño le llenó el Señor de espíritu, de entendimiento y de ciencia. Su voz era de virtud, que acompañada de soberano impulso, derribaba por tierra los mas robustos cedros de la iniquidad. Á su eco temblaba hasta el mismo lugar en que predicaba, conmovíase el pavimento, crujian las paredes y las puertas, y estremeciase todo el edificio. No es de extrañar que su voz fuese tan poderosa; léjos de adulterar el fin santo de la palabra de Dios, buscando el vano aplauso de los que le escuchaban, no era otro su intento que rendir y humillar los pecadores debajo de la mano omnipotente del Señor, proponiéndoles con sencillez á Jesucristo crucificado.

¡Y cuán abundantes frutos recogió en sus apostólicas tareas! No dudaré decir que los sermones de nuestro santo eran semejantes á la red á que Jesucristo compara el reino de los cielos en el Evangelio: porque la palabra de Dios puesta en su boca, atraía todo género de peces; quiero decir, pecadores de todas clases, jóvenes distraídos, adultos licenciosos, herejes contumaces, judíos obstinados, mahometanos rebeldes. Ninguno de

estos podia resistir á la luz de la verdad evangélica con que Felipe procuraba ilustrar su ciego entendimiento é inflamar su tibio corazon; por manera que vino á acaecerle lo mismo que á san Pedro en el mar de Genesaret. Bien así como este santo apóstol echó su red con tan dichosa suerte, que no pudiendo entrar dentro de la nave la mucha pesca que á ella habia acudido, le fué preciso llamar á otros compañeros para que le ayudasen á sacarla, del mismo modo eran tan innumerables las gentes que acudian á Felipe, atraídas de su fervorosa predicacion, que no bastando él solo para sacar tantas almas de las salobres aguas de la culpa, deseoso de que ninguna quedase sin remedio y que emprendiesen todas una cristiana vida, le fué preciso buscar quien le ayudase é hiciese compañía en sus tareas.

Ved aquí ya el gran designio con que, ilustrado de Dios, fundó la sagrada Congregacion del Oratorio, aunque por su humildad rehusó siempre el nombre de fundador. Este fué el origen de ese admirable instituto, que cual fecunda y prodigiosa planta se extendió para gloria de Dios en los reinos de España, Francia, Polonia, Nápoles, Portugal, Cerdeña, Alemania, Génova, Venecia, y en toda Europa. Él se mantiene á pesar de incomparables persecuciones y trabajos en la vastísima Isla de Ceilan, y en los dilatados reinos de Candia, de Nigumbo y Columbo. Él florece hasta en la iglesia griega, donde viven en congregacion muchos sacerdotes ejemplares bajo las reglas y paternal proteccion de san Felipe.

Peró dejemos hoy todas las demas congregaciones del mundo, y hablemos solamente de la primitiva de Roma erigida por nuestro santo, y en la que habitó hasta la muerte. Al contemplar aquella respetable asamblea de eclesiásticos de ciencia, edificacion y virtud dirigida por Felipe, paréceme ver en ella la realidad del arca misteriosa de Noé, en la que, no ya ocho personas como en la del santo patriarca, sino innumerable multitud de todas clases y condiciones hallaron salud, vida y la verdadera felicidad. Esta era en efecto la ocupacion de Felipe y de sus hijos, incansables todos en el ejercicio de ganar almas á Dios. Á unos vereis predicando dentro del oratorio cuatro veces al dia: á otros instruyendo en el perfecto modo de hacer oracion; á este desatando las prisiones de la culpa en el tribunal de la santa penitencia: á aquel enseñando la doc-

trina cristiana al católico rudo ó al infiel ya convertido. En aquella casa todos eran para todo, porque estaban prontos á ejecutar cuanto contribuyese á la gloria de Dios y al bien espiritual de sus prójimos. Todos eran administradores del espíritu de Dios, destinados por el mismo Señor para estas apostólicas empresas. Discurrid ahora cuánto seria el fruto que haría este solícito padre acompañado de tan celosos hijos. Baste empero repetir lo que el oráculo visible de la iglesia dijo de la congregacion del oratorio, y por sus palabras podreis formar una idea de lo que haría en ella san Felipe: *«Mi patria, dijo la santidad de Sixto V, será bienaventurada y dichosa, si hubiere en ella Congregacion del oratorio. ¡Cuánto fruto para el cielo se hará allí!»* Expresion recomendable pronunciada por la suprema cabeza de la iglesia, cuando deseó que en la marca de Ancona se erigiese una congregacion á imitacion de la primitiva de Roma, en la que vió trabajar incesantemente á nuestro héroe! Nada mas habríamos menester para formar el mas cumplido elogio de este insigne sacerdote. Séanos no obstante permitido hacer una reflexion con la que voy á concluir mi discurso.

¿Por cuánto tiempo os parece se ejercitaria en estas ocupaciones y tareas? ¿Descansaría acaso, cuando abrumado con el peso de los años y dolencias, le dictara la prudencia del siglo que dejase ya aquel trabajo? No por cierto: Felipe fué un hombre, que hecho cargo de las graves obligaciones de su estado, nada pudo separarle de la caridad de Jesucristo en orden al bien espiritual de sus prójimos; fué un operario que jamas abandonó el cultivo de la viña del soberano Padre de familias; fué un soldado á quien encontró la muerte con las armas en la mano, para desalojar de su imperio á las potestades del abismo y sujetar todas las gentes al suave dominio de la gracia; en conclusion, fué un siervo que cumplió exactamente todos los ministerios propios de su vocacion al sacerdocio hasta el último instante de su vida.

Contempladle en el dia mismo de su dichoso tránsito á la celestial patria, y no podreis ménos de quedar absortos á vista de su infatigable celo y de su fidelidad extrema en el cumplimiento de sus deberes sacerdotales. Quanto podeis apetecer en un perfecto ministro del Señor y en un fiel dispensador de sus misterios, otro tanto practicó en aquel dia, con un fervor tan eficaz y ardiente como si fuese aquel en que dió principio al

santo ministerio. Si debe el sacerdote celebrar aquel santo sacrificio en que se da á Dios gloria, honor y alabanza, y que es propiciacion por los pecados del mundo; en aquel dia ofreció Felipe este grande holocausto, y se alimentó con aquel pan sagrado que, mejor que el de Elias, da robustez y aliento para el grande camino que hay que andar despues del terrible momento de la muerte, desde el mundo hasta el monte de Dios. Si el oficio divino es un tributo que debe el eclesiástico pagar todos los dias al Señor, en aquel último le rezó Felipe en compañía del cardenal Cusano. Si puso el Salvador á cargo de sus ministros la potestad de absolver de los pecados, desde el amanecer hasta la noche misma de su muerte estuvo administrando el santo sacramento de la penitencia. Ni faltó al deber de predicar la verdad del Evangelio, pues hizo en aquel dia otros tantos sermones cuantos fueron los que con él confesaron ó entraron á visitarle en su aposento. ¿Qué pues le quedaba por hacer? ¿Qué le restaba para llenar perfectamente todas las obligaciones de su cargo?

Oh! dichoso mil veces Felipe, pues en el último instante de su vida pudo levantar su corazon al cielo, y decir en cierto modo lo que el Salvador al ausentarse del mundo: «Ya, mi Dios, concluí la grande obra que os dignasteis poner á mi cuidado. Me mandasteis que como siervo conducido por vuestra incomparable piedad al gremio de la iglesia, atendiese á la custodia de mi alma, y que como siervo tambien á quien elevasteis al honor de amigo vuestro, colocándole en la sublime dignidad del sacerdocio, trabaje en dirigir los pasos de mis prójimos por las seguras sendas que conducen al logro de la celestial paz. Aquí, Señor, me teneis cercano á salir de esta vida, en la que he procurado manifestar vuestro augusto nombre á aquellos que pusisteis á mi cargo. Yo os puedo asegurar que hasta ahora ninguno de ellos ha perdido por culpa mia la santificacion de su alma: porque para encaminarlas al cielo no he tenido alguna negligencia ni el mas leve descuido. Ya, soberano Padre, miro no muy distante la hora de mi muerte: concededme, Señor, aquella claridad con que premiais en el cielo á vuestros escogidos.»

De este modo pudo hablar nuestro ínclito héroe, cuya vigilancia en el servicio del Señor y su ardoroso celo en trabajar en la salvacion de sus prójimos, le hicieron acreedor á que, con-

cluída su carrera, atendida su fe, vistos sus méritos, se le diese aquella corona de justicia, prevenida no para él solamente, sino tambien para cuantos sirviesen y amasen á Dios. Introdujole el Señor en la espaciosa region de los eternos goces, en donde está computado entre los hijos del Padre celestial, y como uno de ellos posee la dichosa é incomparable suerte de los santos. Allí se complace el Señor con esta bella alma que tantas le ganó para que eternamente le alabasen, sacándolas de las prisiones de la culpa, y allí engrandece Felipe la bondad y liberalidad del eterno remunerador, que premia el tiempo breve y momentáneo del trabajo y tribulacion de esta caduca vida con un peso de interminable gloria.

¡ Premio grande que basta solamente escucharlo para enardecerse el ánimo y avivarse el deseo de llegar á poseerlo! Si vosotros, oyentes míos, apeteceis conseguirlo, alentaos, y no temais aunque os parezca empeño muy difícil. No desconfieis, pues teneis en Dios un padre tan benigno, que se complace en daros el reino de los cielos. Este es el galardón con que recompensa el Señor á aquellos buenos siervos que velan en la custodia de su ley. Porque veló Felipe en su exacta observancia, cumplió Dios en él sus seguras promesas, le sublimó á la gloria, y escribió su nombre, para nunca borrarle, en el libro de la vida. Velad pues tambien vosotros, caminando por las sendas que os dejó señaladas con su ejemplo; velad constantes, procurando á su imitacion cumplir el ministerio que es propio de aquel estado que teneis en el mundo; velad en fin como previene en el Evangelio santo Jesucristo, y lograréis la bienaventuranza que promete: *beati servi illi, quos, cum venerit Dominus, invenerit vigilantes.*

¡ Gran Dios, de cuyo paternal amor y soberana luz descende todo bien y don perfecto! ¿Quién será capaz de imitar aun la menor de las heróicas obras de vuestro siervo san Felipe Neri, si no le asistís vos enviándole vuestros soberanos auxilios para ello? Vuestra es, Señor, toda nuestra suficiencia: por tanto, abatida ya nuestra soberbia con el conocimiento de lo nada que podemos sin la asistencia de vuestra inspiracion, os ofrecemos el debido homenaje de nuestro rendimiento, con el que confesamos que por nuestra miseria no podemos practicar obra alguna digna de vuestro agrado, si no viene de vos la luz y la virtud. Enviadnos, Señor, un rayo de esta luz, para que

considerándonos como cristianos obligados á cuidar de nuestra alma, perdamos ántes esta temporal vida que permitir mancharla con la culpa. Inspiradnos unos pensamientos dignos de la grandeza del estado sacerdotal, al que sin algun mérito nuestro y por sola vuestra misericordia quisisteis elevarnos; para que no olvidando las graves obligaciones de nuestro ministerio, encaminemos á vos las almas de nuestros prójimos. Esta congregacion que, á pesar de las contradicciones del mundo, plantó en este terreno tu diestra soberana, miradla desde el cielo como á viña vuestra, oh Dios de las virtudes, visitadla y perfeccionadla en todo, para bien de los fieles, destruccion de los vicios y gloria de vuestra suprema majestad. Regad nuestras almas con el rocío de vuestras inspiraciones, para que cooperando á la gracia con que nos llamais en todo tiempo, seamos dignos de entrar en el número de vuestros escogidos en el cielo. Amen.